

Profecía cumplida

Hoy que parece haber muchas personas aterrorizadas y conmovidas en presencia de los hechos escandalosos, primero y lamentables, después, que han tenido lugar en los últimos seis meses, originados por la lucha electoral última, creemos que viene muy bien reproducir lo que dijimos nosotros en el mes de enero del corriente año, con motivo de nuestra renuncia del alto empleo que ejercíamos en la Administración Ejecutiva que preside el doctor Manuel Amador Guerrero.

La parte á que aludimos dice así:

Otro motivo de mi separación es la resistencia del Gobierno á llegar al punto de celebrar un convenio equitativo y decoroso con la oposición.

En el camino de la conciliación no me mueve interés personal alguno, obligame sí, á desearla vehementemente los verdaderos intereses de la patria.

Para nadie es hoy un misterio que nuestra existencia de nación la conservaremos únicamente si logramos aboronar nuestros actos políticos á la sensatez y á la cordura, y todos sabemos que la sensatez y la cordura son muy difíciles de conservar en momentos de apasionada lucha. Por eso en mi sentir, la lucha es un peligro, y procurar evitarla es hacerle al país un bien de incalculable trascendencia.

En las conferencias políticas celebradas en el mes pasado y de las cuales formé parte, el avenimiento habría sido un hecho si el Gobierno hubiera sostenido al fin lo que nos insinuó al principio á don José Agustín Arango y á mí, de llegar en la discusión hasta ofrecer doce Diputados á la oposición contra diez y seis, que se repartirían distribuidos entre los conservadores y los liberales amigos. Esta proposición sobre ser equitativa, habría demostrado al mundo entero que el partido político en Panamá son suficientemente patriotas y disciplinados, hasta el punto de poder en cualquier momento pactar un arreglo con el propósito de salvar sus respectivos principios, salvando al propio tiempo el crédito de la República y dando con esto evidente muestra de que los mismos, lejos de carecer de la capacidad para gobernarse que se les atribuye, poseen en grado eminente el civismo que con legítimo orgullo ostentan algunos países que sirven hoy de ejemplo al mundo entero por su brillante y no discutida prosperidad.

Lo que pensó al principio el Gobierno no lo pensó al fin; el altruismo político de los primeros momentos fue desvirtuado por la postre por el egoísmo sectario, es decir el *constitucionalismo* triunfó del conservatismo y del liberalismo juntos, y triunfó de tal manera que fueron tan hábiles las artes usadas por sus adeptos en aquellos días, que el Presidente llegó á creer que el haber aceptado él la discusión de las bases de un convenio como aquél, haber ejercido con ello una imposición que contrariaba las aspiraciones de sus mejores amigos. Estos, una vez terminadas las conferencias, procuraron turnarse llevándole sus felicitaciones porque no se habían realizado unos arreglos tan indecorosos para el Gobierno como perjudiciales para los amigos.

Al comprender yo que los *constitucionalistas* eran los verdaderos enemigos de la conciliación y que las acciones políticas de ellos aumentaban de día en día, creí que mi separación se imponía por doble motivo, y así lo manifesté cuando en la renuncia dije:

"Debemos, pues, en mi concepto, llegar á un avenimiento patriótico entre los dos únicos partidos militantes

del país, haciendo de la administración pública una zona neutral, y si ello no fuere dable por ahora, debido á incalificables intransigencias ó á bastardos intereses, debemos, por lo menos caracterizar la política subordinándola al partido Conservador, siendo así que los liberales amigos del Gobierno son muy contados y ya que han de seguir con los empleos que poseen, bueno es negarles el derecho que creen tener para imprimirle dirección á una comunidad política en la cual forman ellos en la proporción de uno á mil."

El párrafo anterior entraña veladamente una protesta, única cosa que me era posible hacer al considerarme vencido; no obstante llevar en mis manos y haber querido levantar muy alto la simpática bandera de la conciliación y la gloriosa del partido Conservador.

El tiempo dirá quién tuvo la razón, y al fallo de él, justo é inexorable, me someto con resignación y con fe.

La política que nosotros proclamábamos entonces y que es la misma que sostenemos hoy, requiere de parte de los gobernantes no poca dosis de desprendimiento, de sacrificio y de abnegación, pero es la única que puede salvar el país de la desmoralización y del descrédito. En favor de ella emplearemos todas nuestras energías y todas nuestras fuerzas con la fé y con la esperanza de llegar algún día á la tierra prometida, porque como dice un notable orador inglés: "muchas veces llueve y muchas veces sale el sol antes de que la tierra rinda su fruto al labrador."

Los gobernantes no sólo necesitan conocer sus deberes sino necesitan además inspirar sus procedimientos en esos mismos deberes y obrar en consecuencia. De la filosofía del deber nace el principio vivificador de nuestra libertad, ha dicho alguien, y nosotros agregamos, que en el estado actual de nuestra sociedad hay que ahogar la doctrina estéril del interés y volver por los fueros del deber, que tanto dignifican y ennoblecen al hombre.

La política seguida por el Gobierno en contraposición á la proclamada por nosotros tiene, entre tanto, trastornados, por falta de armonía, los elementos sociales. Nadie tiene confianza en el porvenir político de esta República; el hielo del desencanto ha invadido no pocos corazones; las malas comprimidas pasiones muévense en tropel y muéstranse rebeldes para volver al sosiego; los odios y el espíritu de venganza inquietan por lo alarmantes; y el estado general del país toma con más empeño cada día las sombrías facciones que hace dibujar la falta de patriotismo y de cordura de los gobernantes.

Sin embargo de que ello es así y nadie osa negarlo, las ideas de conciliación y buen gobierno que hemos venido sosteniendo no gozan de privanza entre los hombres públicos dueños de la situación, y lo prueba si no el encono y la tenacidad con que aferrados vienen á las prácticas creadoras de un estado de cosas que sólo puede ser tolerable, visto con los ojos preñados de codicia con que acostumbrados están á verlos nuestros modernos Plutócratas.

En balde se empeñan ellos en demostrar que no aprueban lo que pasa y que son los prime-

ros en anhelar un cambio de rumbo, porque en vista de lo que hacen es el caso de exclamar con Arboleda: siempre están las palabras en contradicción con los hechos; y los labios son siempre disfraz para el corazón!

Los gobernantes de la República de Panamá han abandonado con descaro sin igual el razonamiento frío del estadista y han levantado sus toldas en los caldeados arenales de la pasión. Sólo á las pasiones sirven; en las pasiones se inspiran; las pasiones son el arsenal de donde sacan sin peso y sin medida los implacables rencores y los odios salvajes de que están poseídos. La recomendación que ha menester hoy quien quiera culminar altas posiciones no es otra que saber odiar. Al menos revelarlo así un papelucho infame y anónimo que se edita en esta ciudad y que sirve de válvula á altos empleados de la República y á no pocos allegados del alto personal del Ejecutivo.

A las personalidades del día, cuyo encumbramiento les ha producido vértigos horribles, podemos decirles con Virgilio:

Oh! si á hombre no teméis que cuenta os pida,
Que hay dioses recordad que nunca mueren,
Y premian la virtud y al crimen hieren.

De Colaboración

Joaquín F. Vélez

Panamá, Agosto 14 de 1906.

Señor Don Nicolás Victoria J.

E. L. C.

Muy Estimado amigo:

He escrito en honra de Joaquín F. Vélez recuerdos que su muerte ha traído á mi memoria; y le he dedicado á usted esa composición porque usted sobresale en virtud que distinguí á ese hombre eminente: EL VALOR CIVIL.

Acepte usted con benevolencia mi humilde ofrenda, y créame su admirador y amigo.

PABLO AROSEMENA.

La muerte de Joaquín F. Vélez, que ocurrió en Cartagena el 9 de Julio último, trae á mi memoria recuerdos que son al propio tiempo gratos y penosos. ¿No ha recibido el lector impresiones de esta índole?

Conoci á Joaquín F. Vélez en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario en Bogotá, en 1849, hace ya 57 años. Yo había cumplido 12 el 24 de Septiembre de 1848; nació en 1836; él tenía diez y seis años, pues, según escrito reciente, que juzgo fiel á la verdad, nació en 1832.

Hicimos juntos el primer curso de Filosofía, que abrazaba estas materias: Psicología, Lógica y Retórica; Aritmética y Algebra. Era catedrático de las Primeras el Doctor Benigno Barreto; de las dos últimas el Doctor Isidro Arroyo, istineño, natural de Portobelo.

Me parece ver al Doctor Barreto, joven de veinticinco años, moreno, barba y ojos negros, paseándose en los espaciosos corredores del colegio, siempre con el libro, su compañero inseparable. Era Pasante y vivía en el colegio; estudiaba desde las seis de la mañana á las diez de la noche, salvo las indispensables interrupciones.

También veo, á pesar de la distancia en el tiempo, á mi paisano, el cojo Arroyo, serio como una estatua, dando sus lecciones con método propio, excelente. Le teníamos sus discípulos respeto que rayaba en miedo. Estimulaba con sumo tacto el sentimiento del honor, y castigaba con ironía finísima, que el estudiante en falta sentía como herida en el corazón. Cuando el alumno se equivocaba al resolver el problema del día, le invitaba invariablemente á repetir la errada demostración. "Es nueva, decía, sin alterar su clásica seriedad, y he de confesar que no la conocía: hágame usted el favor de repetirla, porque deseo aprenderla." Era un chiste cuya significación conocíamos: "usted no sabe la lección; á su asiento."

Regía aun en 1849, en la simpática Nueva Granada, en los Colegios Nacionales, un régimen severísimo, que se llamaba el del "Doctor Márquez," ex-Presidente de la República. Apruebo esa severidad que conducía á formar hombres sólidos, de verdadera, no de mentida ciencia. Los liberales lo destruyeron aturdidamente en 1850, decretando la llamada *libertad de estudios*, esto es, el derecho de no estudiar. Mis convicciones liberales no me impedirán reconocer y declarar los pecados que el liberalismo haya cometido, sin duda con propósito inocente. Quien aspire á que sus conceptos sean respetables y prestigiosos ha de ser honrado y justo.

En el Colegio de nuestra Señora del Rosario, cuna intelectual de muchos hombres distinguidos, y conforme al régimen Márquez, era necesaria para ganar los cursos, la aprobación plena, en examen leal y severo, que hiciesen los catedráticos del Colegio. Había dos exámenes semestrales: uno en Julio y otro en Diciembre; el examen de cada materia duraba una hora: cada catedrático examinaba durante quince minutos, espacio de tiempo que señalaba un reloj de arena. Recuerdo que en mi examen de Psicología advertí que el reloj no funcionaba. Le hice notar la circunstancia al examinador, con vivacidad que causó grata impresión, y terminó el examen.

Joaquín F. Vélez fué aprobado con plenitud y calificado sobresaliente en las cinco materias que abrazaban el primer curso de Filosofía. No se reputaba manifestación de tanta vanidad el decir en esta ocasión que yo fuí también aprobado en esas materias con plenitud y calificado sobresaliente. Dominado por el anhelo de concluir rápidamente mi carrera, y de volver al seno de mi familia, me matriculé en 1849 en las materias del primer curso de Filosofía, y en tres del segundo. En las clases de Geometría, Trigonometría y Geometría Práctica fueron mis condiscípulos Luis Flórez, Gonzalo Gamboa y Alejandro Posada, todos buenos estudiantes.

Después de los exámenes tenía lugar en el Salón de Grados, un certamen público, en presencia del Presidente de la República, de los Secretarios de Estado, Magistrados de la Corte Suprema de Justicia y de público muy escogido. Aparecía que se colocaban en una bolsa los nombres de todos los alumnos de la respectiva clase, y que se tomaba uno á la suerte, por mano honrada; pero es la verdad que se hacía trampa honesta, secreto generalmente conocido: sólo se colocaban en la bolsa los nombres de los estudiantes calificados de sobresalientes. Era una suerte que usaba anteojos.

Esa suerte designó á Joaquín F. Vélez para sostener el certamen de Psicología, Lógica y Retórica. Estuvo muy lucido y arrancó muchos aplausos. La suerte me designó á mí para sostenerlo en Aritmética y Algebra. ¿Por qué callar hoy á la altura en que me hallo, por mi edad, que alcancé en esa ocasión muy hermoso triunfo? Declaro que soy humilde y muy modesto, y que narro la verdad y sólo la verdad.

Yo obtuve el grado de Doctor en Jurisprudencia en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, en presencia del Vicepresidente de la República, don José de Obaldía, convidado por mí, y después de examen muy difícil en ciencia Constitucional, Derecho de

Gentes, Legislación, Derecho Romano, Economía Política y Derecho Civil, Derecho Canónico y Procedimientos Judiciales el 16 de Octubre de 1852; acababa de cumplir diez y seis años. Soy Doctor del año 51, como dijo Lucio Pinzón en bonitos versos que leyó en El Liceo Granadino. Fueron mis catedráticos: Francisco Javier Zaldúa, el *derecho con patas*, como decía el original Juan E. Zamora, Ignacio Ospina, abogado muy notable, padre del distinguido Doctor José Domingo Ospina Camacho; Antonio María Pradilla, Ricardo de la Parra, Francisco Eustaquio Alvarez y Ramón Gómez. Los recuerdo con profunda gratitud!

Por designación sin duda atinada del Consejo de profesores del Colegio del Rosario, fue escogido Joaquín F. Vélez para componer y pronunciar el discurso de estilo en el certamen público de 1849. Se dijo entonces ¡oh, género humano! que ese discurso, era obra del padre Cera. Joaquín F. Vélez mostró después, con su poderosa intelectualidad, que fué trabajo suyo. Cuando un joven comienza á distinguirse, halla siempre en su camino próximos piadosos, que le disputan la paternidad de sus trabajos. Es una satisfacción que se dan las nulidades impotentes. El General Mosquera dijo que mi acusación contra él, en causa que le siguió la República en 1867, por veintitrés cargos, era composición del Doctor Ezequiel Rojas! Es el elogio que más me ha halagado en el curso de mi vida.

Quiero yo, liberal, rendir á la memoria de Joaquín F. Vélez, el homenaje que imponen las prendas personales de ese hombre ilustre. Era muy inteligente é instruido; tenía en alto grado el valor material, que consiste en exponer la vida en el campo de batalla, ó en duelo singular, y reunía estas dos condiciones altamente apreciables: honradez acrisolada y valor civil: decía lo que sentía sin contemplaciones culpables. Puede responderse de la marcha civilizada de una sociedad, si los ciudadanos tienen la entereza de decir lo que sienten y piensan sobre los hechos de los funcionarios públicos. Pero ¿qué sucede de ordinario en algunas de las Repúblicas de la América Latina? Que suscriben adhesiones al gobierno los mismos que lo hallan —en *conversaciones privadas*— en riña con la ley escrita y con el interés de la Nación!

El tipo Joaquín F. Vélez, honra del género humano, no abunda; y ello es sensible, porque el valor civil salva las sociedades, en la paz que es gloria, no ignominia.

Panamá, Agosto de 1906.

PABLO AROSEMENA.

Tierras Nacionales

En nuestro artículo que publicamos con el mismo título de éste, en el número anterior de EL COMBATE, nos contrajimos á estos dos puntos principales: primero, á demostrar el beneficio que obtendrá esta República, por el desarrollo de la agricultura, si se adopta de un modo general el sistema de adjudicar en plena propiedad á los agricultores las porciones de terreno que cultiven; segundo, á señalar el error que se comete con mantener para la distribución y el uso de los terrenos *indultados*, una legislación especial y diferente de la de tierras *baldías*.

Nuestro propósito es indicar las cuestiones fundamentales y más salientes de la legislación que ha de establecerse en materia de tierras públicas y por eso prescindimos de detalles en que han de fijar su atención los que elaboran y discutan, en el seno de la Asamblea Nacional, el proyecto ó los proyectos de ley relativos á aquel ramo de la administración pública.

Ultimamente ha llamado nuestra atención una serie de artículos que ha publicado *La Estrella de Panamá* y que son obra del muy ilustrado y progresista costarricense señor Federico Mora, quien ha considerado, después de un estudio de los panameños sobre el

importantísimo asunto del desarrollo industrial de nuestro país, desarrollo que por ahora depende casi exclusivamente de la agricultura y de la ganadería. Nosotros aplaudimos con entusiasmo esa labor de vulgarización de principios científicos, que tiene un fin práctico y que hace nacer estímulos dormidos en nuestro pueblo, presa del marasmo que produce una secular rutina.

Pero en cuanto al sistema aconsejado por el señor Mora para el reparto de las tierras, estimamos de nuestro deber presentar algunas breves reflexiones, sugeridas por el conocimiento que tenemos de nuestro país y por el interés con que miramos la solución de problemas relacionados con la prosperidad de nuestra tierra.

Comparando el escritor á que nos referimos los diversos métodos que se siguen en países mucho más adelantados que el nuestro, para la distribución de la propiedad territorial, á fin de obtener la mayor producción del suelo, se inclina resueltamente al de la propiedad parcelaria, ó sea la división de la tierra en pequeños lotes, que se señala como *maximum* para cada colono ó cultivador. Ese sistema, que es el establecido en Francia y otros países y que llega hasta negar al cultivador una hectárea completa de tierra, pecaría entre nosotros por defecto como pecaría por exceso el sistema de la Gran Bretaña, donde aun prevalece el régimen feudal, que concentra en poder de unos pocos privilegiados extensiones enormes de tierra con sus bosques, muchas de las cuales no tienen más destino que servir á los deportes cinegéticos de la nobleza.

Las condiciones del Istmo de Panamá, y en general las de las Repúblicas del Sur y del Centro de la América, difieren considerablemente de las de las naciones europeas. En Panamá sólo está habitada y apropiada una pequesísima parte del territorio, y por esa razón distamos mucho de la situación que exige restringir, dividir y subdividir la propiedad como en Francia; pero estamos al propio tiempo en el período inicial de nuestra vida autónoma, en la época de organización nacional, propicia para prevenir métodos viciosos y perjudiciales, de que adolecen nacionalidades caducas, obligadas á cargar con la herencia de errores irreparables.

En nuestro concepto el sistema más conforme con nuestras necesidades y por lo mismo el más lógico, es el que han fundado las leyes de Colombia que reglamentan el uso de las tierras baldías y que rigen aun entre nosotros, según las cuales el cultivador adquiere derecho de propiedad sobre todo el terreno á que extiende sus labranzas y una porción adyacente de igual extensión á la cultivada, con tal que una y otra no excedan de cinco mil hectáreas.

Esas leyes, modificadas en algunos detalles secundarios, son las que están calculadas para dar el resultado á que se aspira, porque armonizan con el estado de organización social en que nos hallamos.

Pero como esa legislación tiene en mira exclusivamente el fomento de la agricultura y prescinde por completo de la protección que requiere en Panamá la industria pecuaria, somos de opinión que debe modificarse adoptando para este último efecto y de modo general las disposiciones especiales que contiene la Ordenanza número 87 de 1896, en que no se trata sino de las tierras *indultadas*.

No terminaremos sin presentar á los miembros de la Asamblea la observación, en extremo importante, de que las leyes sobre distribución de las tierras nacionales no darán sino resultado insignificante, si no van acompañadas de una buena ley de inmigración, que traiga á nuestro territorio despoblado los brazos y la inteligencia que ha menester para producir la riqueza que duerme como un embrión en su fecundo seno.

RAMÓN M. VALDES.

El Hábeas Corpus

La Convención Nacional Constituyente consagró el principio del *Hábeas Corpus* en la Ley fundamental del Estado que expidió en Febrero de 1904. A raíz de la expedición de esa Ley y á iniciativa y con la cooperación del señor doctor Carlos A. Mendoza, Ministro de Justicia entonces, formulé un proyecto de ley reglamentario de aquel principio, de novísima aparición en las constituciones latino-americanas y de antigua existencia en las leyes anglosajonas. Ese proyecto fué presentado al primer congreso de la Convención por el señor senador don Mendoza, pero

no á pasar como ley en aquella época, y de ahí que hoy por ministerio de la Constitución y á propuesta del Honorable Diputado señor doctor Morales reaparece al debate reglamentario de la Asamblea Nacional como proyecto nuevo.

Quizá parezca ese proyecto, á primera vista, demasiado formulista, pero de otro modo no era posible fijar con alguna precisión el camino que debe seguirse para llegar al fin que la libertad individual requiere y que el principio de que se trata garantiza en esencia. Al formular el reglamento tuve muy en cuenta, ante todo, la índole de nuestros gobiernos, y luego la estructura política y la condición geográfica del país. Pero no se crea que todas aquellas disposiciones reglamentarias que detallada ó conjuntamente tienden á hacer eficaz el principio del *Hábeas Corpus* sean demeritativas ó elusivas creación. Lo fundamental de ese reglamento lo tomé del *Estatuto de Hábeas Corpus* inglés, que Carlos II sancionó el 26 de Mayo de 1679. Ese *Estatuto* al reglamentar el procedimiento con cuidado y precisión creó, por así decirlo, nuevas garantías y aseguró la inmediata corrección de todo atentado contra la libertad de las personas, y de ahí que escogiera tan importante documento como base de mi labor, tanto por lo sabio como por emanar de una Monarquía, que da ejemplo de veneración á la libertad individual, generalmente conculcada en muchos países de mecanismo republicano.

No escribo para defender mi obra sino simplemente para explicarla. Si ella fuere modificable ó adicionable, bien; para eso hay en la Asamblea ilustraciones y talentos con toda la autoridad necesaria. Lo que sí pienso es que, modificado ó adicionado, el reglamento debe expedirse porque de lo contrario el artículo 24 de la Constitución sería como el famoso *rayo de luna* de Becker: una bella ilusión y nada más.

DANIEL BALLÉN.

INSERCIONES

Sucesos Sugestivos

LA CAÍDA DE ROBESPIERRE

PARIS, 27 de Julio.

Es el 9 *Thermidor*, año 11, ó sea el 27 de Julio de 1794. El Terror está en todo su apogeo: lleva cuatrocientos veinte días de existencia; las prisiones están llenas de sospechosos, y la cuchilla de la guillotina, con movimiento monótono, inacabable eterno, siega sin cesar centenares de cabezas.

Esta situación no puede prolongarse mucho tiempo. . . . La medida está colmada, y el régimen va á sucumbir bajo el peso de sus propios excesos.

El régimen es. . . . Robespierre. Todo lo personifica el *Incorruptible*. Se habla del *Gobierno de Robespierre*, del *Ejército de Robespierre*, y todo el mundo sabe que el gran personaje no aspira á menos que á la dictadura.

Con nadie quiere compartir el Poder: cierra el camino á sus mismos amigos á sus camaradas de la víspera. Los hará desaparecer pronto, y para desembarazarse fácilmente de ellos ha logrado que la Convención vote la ley sanguinaria del 22 *Párial*, que abrevia los trámites jurídicos, que disipa toda sombra de procedimientos legales, que entrega, sin límite alguno, á todos á su arbitrio y á su capricho.

La Convención se da por fin cuenta exacta, ya tarde, del alcance de su obra, y el horrendo abismo por ella misma abierto, y en que ella misma ha de caer, despierta su espíritu la audacia y los alientos necesarios para acometer la enorme empresa de retar á colosal y decisiva batalla al tirano y á sus partidarios.

Desde el 8 *Thermidor* ha surgido la contienda: los lobos se acechan y se apereiben para devorarse los unos á los otros.

París ha seguido con terrible ansiedad los preliminares de esa lucha formidable, en que han de rodar por el cadalso á montones las cabezas humanas.

Después de una noche de angustia, á las cinco de la mañana de un día

caluroso la muchedumbre se agolpa, se estruja delante de las Tullerías, en las tribunas de la Convención.

La sesión comienza á las diez.

Con el valor salvaje de la desesperación Tallien, que pretende salvar su propia vida y la vida de una mujer á quien adora, de la hermosa Teresa Cabarrús, se lanza el primero al asalto y formula tremenda acusación contra Robespierre. El acusado pretende en vano hablar, explicarse defenderse. Hasta ahora lo había dominado todo: por primera vez advierte el odio que despierta su presencia en la asamblea. La tempestad se encrespa, y de pronto se oye un grito que repite la multitud:

—¡Abajo el tirano!

La tormenta se ha desencadenado y el tumulto resulta indescriptible. Por fin, después de muchas horas de lucha desesperada, trágica se decreta la acusación contra Robespierre, contra Saint-Just y contra: Conthon. Los gendarmes reciben la orden de tenerlos, de detener al hermano de Robespierre también y de conducirlos á la prisión.

Son las cinco y media de la tarde, y la Convención ha suspendido su sesión.

La *Commune* reserva á Robespierre unos momentos de esperanza. Con ayuda de los jacobinos se apodera de los prisioneros, arrancándolos de entre las manos de los gendarmes, y los conduce al Hotel de Villa, y allí los aclama.

La batalla ha cambiado de terreno, pere se muestra más encarnizada que antes. Los dos Poderes rivales, los representantes de París y los representantes de Francia, se disputan el triunfo.

París aparece dominado por una agitación horrible. El tiempo está cubierto, tempestuoso; nubes cargadas de electricidad cierran el horizonte; el calor es sofocante, y por la ciudad entera circulan noticias preñadas de amenazas, rumores siniestros. Todo se confunde; los llamamientos á las armas; los gritos de la muchedumbre, los ruidos destemplados, producidos por el rodar de los cañones, y los sonos lúgubres de las campanas.

La Convención comprende pronto que su salvación depende de su firmeza. A las siete de la tarde reanuda la sesión. Con vigorosa resolución declara á Robespierre y á sus cómplices fuera de la Ley. A las doce de la noche marchan fuerzas importantes sobre el Hotel de Villa y se apoderan del salón de sesiones de la *Commune*, al grito de "¡Viva la Convención!"

¡El pánico es indescriptible. . . . El hermano de Robespierre se arroja por una ventana y se estrella contra el piso de la calle; Lebas se levanta la tapa de los sesos; Dumas, el presidente del Tribunal revolucionario aparece escondido debajo de una mesa, y Robespierre, el gran Robespierre, el tirano, el dictador, el incorruptible, sintiéndose perdido, permanece inmóvil en un sillón, clavado allí por el estupor.

—¡Ríndete, traidor! . . . le grita el gendarme Méda, dándole al mismo tiempo con la culata de su fusil un golpe en la cara, que le fractura la mandíbula inferior.

A las dos y media de la madrugada todo ha concluido: la *Commune* ha desaparecido, las prisiones se han llenado y el triunfo de la Convención es definitivo.

Comienza la expiación, que será atroz.

Los prisioneros, perseguidos por las amenazas y las imprecaciones de la muchedumbre, llegan á las Tullerías y penetran en la sala donde se reúne el Comité de Salud pública.

Robespierre, conducido en una carreta, con el rostro ensangrentado y los vestidos deshechos, da con su cuerpo en una mesa histórica, en la mesa del despacho Luis XVI, que muestra dos gorros fríos, groseramente tallados, en los sitios que ocuparon dos flores de lis, brutalmente arrancadas por los *sansculottes*.

El tigre, vencido, procura taparse la cara con las manos: su cara de gato, de gato-tigre. Sus ojos pequeños, insignificantes, están cerrados, y su tez, siempre oscura, siempre verde, ha adquirido la palidez de la muerte. Su inmovilidad es tal, que pareciera muerto si no dieran señales de vida las contracciones nerviosas de su rostro, que revelan crueles sufrimientos.

Allí permanece largas horas, horas inacabables, oyendo los insultos y acatando los golpes de sus violentos adalides. . . . ¡Mientras que, ellos

pasán una y cien veces por delante de su mirada ya velada por la agonía, en torno de su espíritu se agitan las sombras siniestras de sus víctimas inocentes, de las mujeres sacrificadas por su impiedad: María Antonieta, madame Elisabeth, las Carmelitas de Compiègne, Lucile Desmoulins, Cecile Renaud, y Nicolý, la niña interesante, la pobre obrera de diez y seis años, llevada á la guillotina por haber dado un pedazo de pan á un prisionera. . . . ¡Y cuántas más!

En sus oídos resuena el eco triste de la voz dulcísima de esa misma niña, que después de poner su cabeza bajo la cuchilla homicida, dirigiéndose al verdugo, pregunta amablemente:

—Señor, ¿estoy bien colocada?

Son las cinco de la mañana.

Robespierre ha sido condenado á muerte, sin más trámite que la prueba de su identidad. Recorre su calvario con veintuno de los partidarios. Un clamor inmenso, universal, se levanta contra él. En torno suyo se escuchan millares de maldiciones.

El grito de dolor que se escapa de su pecho en el momento en que le arrancan las ensangrentadas vendas que cubren la herida de su rostro, interrumpe por primera y última vez el silencio de las últimas veinticuatro horas de su existencia.

Un instante después rueda su cabeza por la histórica plaza de la Concordia, por la misma plaza por donde había rodado ya la cabeza de Danton.

Una hora más tarde se lee sobre su cadáver este epitafio:

Passan qui que tu sois, ne pleurez pas mon sort, si je vivais, tu vivrais mort.

JUAN DE BENCOS.

Un fabulista italiano

(TRILUSA)

En uno de sus últimos números publica *La Revue* un interesante artículo dedicado al fabulista italiano *Trilusa*, anagrama de Salustri, que es el apellido del poeta. Acerca de él Juan Doris, que tan á fondo conoce la literatura italiana, escribe lo siguiente:

"En Milán como en Roma, en Génova como en Turín, *Trilusa* es aclamado en los salones; todo el mundo quiere oírle decir sus fábulas, y desde un extremo de la Península al otro, los versos del fabulista andan lo mismo en los labios de los refinados que en los de los ignorantes. El periódico ha servido de vehículo á la fama de este joven escritor; en vez de publicar sus fábulas en las Revistas é ilustraciones *Trilusa* ha preferido darlos á los periódicos diarios *La Tribuna*, *La Stampa* y *L'Osservatore Romano*: publicaciones las tres que se disputan los versos del poeta, cuya firma basta para triplicar ó cuadruplicar la tirada cualquiera de esos diarios."

El mejor medio de dar á conocer, aunque de manera muy imperfecta, el valor y carácter literario y satírico de las composiciones de *Trilusa*, es traducir, siquiera sea malamente, alguna de sus fábulas:

EL PUERCO

Un puerco á ciertas vacas dijo un día: —Esta indecente vida me da enojo: voy á ponerme el frac, lente en el ojo, gardenia en el ojal, y en compañía voy á vivir de gente que vosotras más limpia y más decente.

Y dicho y hecho, aquella misma noche el cerdo abandonó la patria dehesa, y vestido cual dijo, tomó un coche, y al té se fué que daba una condesa. Viéraisle allí con distinguido porte decir galanterías delicadas, como cualquier gomoso de la corte: allí baila, cantó, dijo epigramas y *fiat* con cuatro ó cinco damas. . . . ¡Mas, ay!, ni una semana hubo pasado, cuando el cochino se volvió á su prado. —¡Cómo!—dicen las vacas—¿De regreso? —No te gusta la corte, según eso? —¡Bah!—contestó el marrano—á la larga, quizá, me habituara al uso cortesano; pero mucho, en verdad, me costaría acostumbrarme á tanta porquería.

También merece leerse.

LA MARIPOSA Y LA VIOLETA

Un día una mariposa, de alas doradas y negras, sin siquiera saludarla se posó en una violeta. La flor ofendióse al verse tratada de tal manera;

y así, envueltas en aroma, al aire saltaron las violetas. —¡Qué mal me oías, que mal me oías!—volvió á decir la mariposa.

Por ventura, ¿te has creído que yo soy alguna brasa? Yo soy la flor más graciosa, que brota sobre la tierra; no hay perfume como el mío, ni soy fingida ni necia, y aunque soy linda, me oculto entre las rústicas hierbas. No me importa estar al lado de ortigas ni de verbenas, porque carezco de orgullo, que humilde soy y modesta, Adorno soy del cabello de las hermosas doncellas, soy el recuerdo marchita; sé, . . . curo los reumas. . . . ¡Cuántas veces de un amor todo pasión y violencia queda tan sólo en memoria ramo de mustias violetas! Yo no cambio, soy la misma, siempre amable, siempre bella; hombres y mujeres, todos me buscan y me desean. . . . —¿Qué entiendes tú, mariposa, de ciertas delicadezas?

La mariposa responde: —¡Caramba! ¡Cuánta modestia!

(De *La Epoca* de Madrid).

PERSONAL

La nueva iniquidad

Es este el nombre que mejor le cuadra al procedimiento de ciertos escritores anónimos, que, bajo la vil careta de un desautorizado papel que para vergüenza del país circula en esta ciudad, se han dado á la estéril tarea de insultarnos villanamente, atribuyéndonos alguna responsabilidad en la desgraciada tragedia Quintero Alvarado. Por más que hemos cavilado no hemos podido explicarnos satisfactoriamente por qué carecen de valor moral los anonimistas aludidos, hasta el grado de no atreverse á estampar sus respectivos nombres al pie de lo que cada uno de ellos escribe.

No puede ser miedo, porque ellos deben ser valerosos en demasía; tampoco nos atrevemos atribuirlo á temor á la sanción pública, porque ellos acostumbrados están á desafiar esa sanción. Qué puede, pues, detenerlos, ahora, en el camino de firmar lo que escriben? Pregunta es esta que nos hacemos todos los días y á la cual no podemos encontrarle acertada respuesta. Natural es, por lo tanto, que avancemos, al respecto, algunos conjeturas.

El odio musulmán que esos señores anonimistas sienten contra nosotros no les deja ver, oír, ni raciocinar, y de allí que sean ellos los que, á pesar de todo, temen autorizar lo que escriben, sugerido acaso por las más incalificables pasiones.

Fuérales dado conseguir, no decimos pruebas, sino la mera presunción de que nosotros fuéramos culpables en el desgraciado suceso, y ya los tendríamos, arrogantes y satisfechos, anonadándonos, pues para eso y mucho más es para lo que han alcanzado á ser los hombres fuertes de la situación.

Ellos saben perfectamente que no existe ni puede existir motivo alguno para perseguirnos, porque no hay circunstancia que nos indujera á hacer lo que nos denuncie, por lo cual y para no estreñarse contra el escudo de nuestra inocencia han resuelto atacarnos á mansalva, ocurriendo si al abundante arsenal de la calumnia, de la envidia y de la bajeza, armas vedadas pero siempre á disposición de los que acostumbrados están, cuando les place y les conviene, á cubrir sus procedimientos con el vil anónimo.

Mas, para ser soberanamente justos, respecto de estos seres miserables, calumniadores de oficio y por placer, necesario es declarar que la fuerza ciega de apetitos incontenibles los conduce de la mano á un lugar donde sólo tienen asiento el baldón y la ignominia. Ellos, por efecto de una ley fatal é inevitable, son arrastrados á obrar así porque han roto todo freno y despreciado toda consideración social. ¡Ay de los hombres que no se someten de buen grado á los eternos principios de la moral!

Absurdo sería aguardar que nuestros velados enemigos pudieran llegar algún día á justificar su cruel actitud para con nosotros, valiéndose para ello del subterfugio de la pena que por el momento les embarga. El dolor aguilata los caracteres y ennoblecce los corazones, pero no es ni puede ser causa ú origen de infamias como las que nuestros enemigos han tratado de cometer con nosotros, las cuales no les sería fácil concebir las ni á los cínicos imitadores del sistema de los Borgias.

Por fortuna, en este delicado asunto, por lo que á nosotros se re-

fiere, conocemos ya el veredicto de la sociedad. Correspóndenlos ahora, y así lo haremos, colocar alto, muy alto, en la picota de la indignación pública, á nuestros miserables detractores, para que allí sean vistos y contemplados, sobre el pedestal de iniquidad que ellos mismos se han erigido.

Carta Abierta

Panamá, Septiembre 12 de 1906.
Señor Don Nicolás Victoria J.
E. S. C.

Estimado señor y amigo:

El aprecio que usted nos merece justifica y motiva esta carta, puramente personal, en la cual consideramos de oportunidad expresarle que abrigamos la persuasión de que muy sinceramente ha deplorado usted, como en más de una ocasión lo ha manifestado á algunos de nosotros, la trágica muerte del apreciable joven don DEMETRIO QUINTERO C. y que de haberle sido dable habría tratado usted de evitar ese acontecimiento doloroso que ha conmovido hondamente esta sociedad.

Juzgamos, pues, de todo punto infundados los conceptos que en distinto sentido se emitan respecto de usted con motivo de aquel lamentable suceso.

De usted muy atentos servidores y amigos,

+ JAVIER, Obispo de Panamá.

G. Obarrio,
Pablo Arosemena,
J. A. Arango,
Domingo Díaz,
Manuel María de Icaza,
C. Arosemena,
Pedro A. Díaz,
José E. Remón,
Natalio Ehrman,
Juan Ehrman,
S. Lewis,
N. Villalaz,
Julio Icaza,
B. E. Fábrega,
Daniel Ballén,
R. G. de Paredes,
Juan Brin,
Fabio Arosemena,
G. A. Alvarado,
H. Arosemena,
Diego de Icaza,
Guillermo Andréve,
J. J. Méndez,
Juan Antonio Guizado,
Ricardo J. Alfaro,
J. A. Arango Ch.,
Eduardo Chiari,
Darío Vallarino,
Manuel M. Méndez,
Enrique Linares,
Juan B. Sosa,
Arturo Müller,
Julio Poyló,
R. B. A. Uribe,
Raúl Orillac,
Rodolfo Bermúdez,
Juan Navarro,
Ernesto de la Guardia,
Pastor Jiménez,
David Burgos,
A. Remón,
Sebastián Villalaz,
Manuel G. de Paredes,
J. A. Zubieta,
J. M. Fernández,
Luis F. Muñoz,
A. G. de Paredes,
José G. de Parédes,
A. Linares L.,
A. Navarro E.,
Ricardo Arango J.,
Santiago de la Guardia,
Henrique Lewis,
Rodolfo Chiari,
Eusebio A. Morales,
Ramón M. Valdés,
Antonio Burgos,
Francisco Filós,
Jil F. Sánchez,
Pedro J. de Icaza,
Eduardo Navarro,
J. B. Andréve,
Mariano Ramírez M.,
A. M. Ferrari,
Julio Quijano,
Alejandro Dutary,
Bolívar Vallarino,
Luis E. Alfaro,
Luis Amadeo Aguilar,
Pedro Díaz G.,
Jorge L. Paredes,
H. J. Chandeck,
Miguel A. Paredes,
Edwin Chandeck,
Raúl J. Calvo,
M. A. Herrera A.,
H. Patiño,
Juan N. de la Guardia,
Ramón de la Guardia,
Emilio Ayala,
Nicolás Justiniani,
Gaspar Araúz,
Antonio Alberto Valdés,
Luis Uribe.

Ernesto Arosemena,
H. Arosemena M.,
A. B. Leignadier,
Sergio Brid,
Enrique Bermúdez,
J. Aristides Isaza,
Celedonio Isaza,
Prevall F. Naar,
Julio A. Mata,
M. Raúl Díaz,
S. Escobar C.,
Alfredo E. Alba,
Rafael Muñoz,
Pedro Antonio Maytín,
Ricardo Miró,
Mariano Arosemena,
P. de Haseeth,
Roberto Moreno,
C. F. Arambary.

(Hoja suelta)

VARIEDADES

La Justicia y La Misericordia

El ilustrado semanario francés *Le Courrier Européen* en uno de sus últimos números plantea, mediante un artículo de Gina Lombroso, la hija del célebre penalista italiano, la grave cuestión de "la piedad en la justicia." Y la plantea Gina Lombroso con motivo de un indulto concedido recientemente en Italia, atendiendo para ello, más que á otra cosa, al estado de salud de la persona indultada, y á la angustiosa situación de sus hijos, privados de un solo golpe del apoyo materno y paterno. El problema, por consiguiente, se plantea de este modo: Las condiciones familiares, las condiciones de salud de los delincuentes, las terribles consecuencias que la pena puede originar á los que son inocentes, ¿pueden ó deben influir en el espíritu de un juez?

Gina Lombroso sabe que muchos han de responder que no; pero cree que esta negación es digna de ser estudiada. La popularidad, la simpatía y la admiración que el *buen Juez* (Magnaud) goza en Europa, algo significan en favor del criterio *piadoso*. ¿Por qué el pueblo de París ha elegido como uno de sus Diputados á este hombre que, representando á la justicia, ha obedecido á su corazón antes que al Código?

Los sicilianos tienen una bella leyenda, según la cual junto al trono de Dios hay dos ángeles: el de la justicia y el de la misericordia, y el día de Navidad, el ángel de la justicia desaparece durante tres minutos para dejar en completa libertad al de la misericordia.

Los electores de París, eligiendo á Magnaud, parecen inspirarse en la leyenda siciliana y corroborar que un juez no puede desentenderse del ángel de la misericordia, que en este caso es el símbolo de todo el complejo trabajo del espíritu, por el cual podemos nosotros ver y prever las consecuencias físicas y morales, individuales y sociales que un suceso doloroso reportará á la vida de nuestros semejantes, permitiéndonos abarcar en un momento, como la vista abarca las distancias, los sufrimientos materiales y morales que origina un castigo, aun más allá del mismo castigo. La proporcionalidad de la pena con el delito se rompe y se altera precisamente cuando se juzga á los hombres en abstracción de sus condiciones físicas y morales.

La popularidad de jueces como Magnaud, como Albanel, como Seré de Riviére, procede—según Gina Lombroso—de que comprendieron que el alejamiento de la familia, el encierro celular, el trabajo forzado, no tienen el mismo valor, ni engendra las mismas consecuencias en todos; consideraron á los hombres como seres humanos, y aplicaron las penas oyendo otra voz que la de la pura y seca teoría.

Lo que hace falta que sea igual para todos no es la pena, sino la justicia.

Y no se crea que por este procedimiento se llega fácilmente á absolver á todos los criminales, aun á los más peligrosos para la sociedad. No; porque este mismo sentimiento que nos llena de indignación ante la idea de que la justicia humana deje sin madre á niños inocentes, este mismo sentimiento humanitario nos impulsaría á prolongar ó agravar la pena para la verdadera bestia humana que causa siempre la desgracia de su país. Porque la piedad no es el sentimentalismo, con el que se la confunde vulgarmente; la piedad no es una frívola compasión, sino el horror que nos causan los males de los hombres que los hombres pueden remediar.

El poder de una novela

Gran resonancia y éxito ha obtenido la novela *The Jungle* de Upton Sinclair, éxito que sólo puede compararse con el de la famosa novela de la señora Beecher Stone, *Uncle Tom's Cabin* (*La Cabaña del tío Tom*) que hizo derramar tantas lágrimas á las almas sensibles de ambos mundos. El mérito literario de *The Jungle* es nulo; el arte no parece por ningún lado, y en cambio los defectos menudean; pero no sucede así desde el punto de vista social y político. Upton Sinclair arremete contra el *trust* de las carnes de un modo tan notable, aduce datos tan espeluznantes y formula denuncias de tal naturaleza, que su libro ha dado lugar á un escándalo más formidable todavía que el de las compañías de seguros, con no menos valor denunciada por Mr. Larison. Los comerciantes de Chicago se han enriquecido acumulando fabulosas fortunas á costa del público. Animales muertos, vacas y cerdos atacados de tuberculosis, carnes gangrenadas se utilizaban por los *packers* para hacer salchichas. Los jamones podridos se *cuyaban* con ácido bórico y ácido salicílico, y se lanzaban al mercado como artículo de primera calidad. Ningún producto dejaba de *refrescarse* con colores de anilina. Los *packers* decían ingeniosamente que lo único que no habían podido utilizar hasta ahora para sus negocios era el gruñido de los cerdos.

Mr. Armour, uno de los interesados en el humanitario *trust* de la carne, protestó con toda la fuerza de su honrada conciencia contra el atrevido novelista que osaba denunciar hechos de tan escasa importancia; pero Mr. Sinclair, lejos de arredrarse ante la amenaza de un proceso por injuria y calumnia, continuó revelando detalles increíbles acerca de la sociedad de los mataderos y mercados, de la promiscuidad de los sexos que reine en aquellos, del estado de los talleres y de otra porción de cosas por el estilo. El Presidente Roosevelt nombró una comisión que investigue la verdad de las denuncias contenidas en *The Jungle*, y el informe de ella ha confirmado la verdad de los hechos. Como consecuencia los mataderos y los mercados de Chicago han quedado bajo el control del Municipio.

Hubo gritos de Armour y de todos los interesados en el *negocio*; pero nada consiguieron.

He aquí cómo una novela ha dado por resultado la presentación de un proyecto de ley de inspección de carnes. Confesemos que el éxito de Upton Sinclair es genuinamente yanqui. ¿Quién iba á sospechar que una obra literaria pudiera ejercer influencia sobre los mataderos y mercados de una población?

Sueltos

En sesión

del día trece la Asamblea restableció en el goce de la ciudadanía, por voto unánime de los miembros presentes, al distinguido hombre público doctor Belisario Porras, á quien felicitamos sinceramente por esta causa.

Con tal proceder la Asamblea ha demostrado que es susceptible de inspirarse en fuentes de justicia, desoyendo los halagos del partidatismo y de los rencores personales. Ojalá perduren en esta vía los honorables diputados, ya que no será la única ocasión en que hayan de resolver graves cuestiones en que los dictados del patriotismo y la voz de la razón deban ser sus únicos guías.

Por fin

está ya en manos del Juez Superior el sumario levantado en averiguación de los responsables de la muerte del diputado señor Demetrio Quintero C. Esperamos, pues, que ahora sean puestos en libertad los señores Vicente E. y José Vicente Alvarado contra quienes no resulta ninguna declaración acusadora y cuya detención prolongada no es ni justa ni legal.

Adolfo Harker

el día doce del mes pasado dejó de existir en Bucaramanga, su ciudad natal, la respetable personalidad colombiana con cuyo nombre encabezamos las presentes líneas. Colombia toda y Santander especialmente acaban de sufrir con la muerte de don Adolfo Harker pérdida irreparable.

Uno de los grandes hombres que ha dejado el último siglo á tan poca edad, el doctor Adolfo Harker, las siguientes palabras:

"Felices los hombres que al rendir la jornada de su vida, ven el aplauso de su propia conciencia que les dice que han luchado contra las duras condiciones y fatigas de este suelo; que miran hacia atrás y nada de qué arrepentirse encuentran; que miran más allá y divisan inefables esperanzas próximas á convertirse en triunfadora realidad. Felices sí porque á ellos se ha otorgado contemplar á la Muerte frente á frente, esperarla sin temor y saludarla como heraldo de victorias; felices, porque tras de sí dejan tan sólo almas que elevan plegarias, corazones agradecidos y manos que bendicen. Pero, cuán triste para los que quedamos, devolver á la tierra los restos que fueron morada de un ser privilegiado; cuán triste observar cómo queda en nuestras filas un varón que no lo pueden llenar los frutos de las menguadas generaciones del día; cuán triste pensar en lo que han perdido el país y nuestra sociedad y la noble causa servida por él; cuán triste presenciar cómo se ha derrumbado el viejo y fuerte tronco, sostén y consuelo de tantos hogares; pero sobre todos, señores, cómo es de doloroso dar fé, en los actuales tiempos, de la extinción de un gran carácter, porque Adolfo Harker antes que todo, era una personalidad forjada en los yunques de la lucha y del trabajo y á cuyos rasgos dieron hermosísimo relieve los esfuerzos constantes de una voluntad vigorosísima, de una voluntad domada: justamente, son estos hombres los que hacen falta para afianzar la vitalidad de la República y afirmar los destinos nacionales. Por desgracia, uno tras de otro, en pavoroso desfile, los hemos visto emprender el viaje hacia las regiones del reposo, del eterno reposo á donde parece se hubieran dado pronta cita...."

Aprovechamos estos momentos para enviar nuestra voz de condolencia á nuestro respetado y distinguido amigo, doctor Facundo Mutis Durán, miembro muy allegado del ilustre exinto.

No

sabemos por qué, siendo tan brillante el movimiento intelectual al cual sirven con provecho los actuales panegiristas del gobierno del doctor Amador, se cuidan tanto esos panegiristas de estampar sus nombres al pie de sus respectivos magistrales escritos. De sentirse es tanta modestia, porque cuando el futuro historiador de Panamá, al referirse á la época actual, quiera designar por sus nombres propios las notabilidades que formaron la Corte de Manuel Primero, va á ser difícil conseguirlo. ¡Qué laguna aquella para la historia de la humanidad!

Por

decreto de la Secretaría de Fomento se comisionó al señor Jerónimo Ossa para escribir la biografía del eximio istmeño general Tomás Herrera, asignándole por su trabajo una buena remuneración en argentinos balboas, de la cual según entendemos recibió una parte por adelantado.

De esto hace ya quiza un año ó tal vez más, y hasta ahora ignoramos, y con nosotros el público, la manera como el señor Ossa ha cumplido su cometido. ¿Podría alguno darnos informes sobre el particular?

Proceso Electoral

PROTESTA

(Continuación).

Nosotros, los suscritos, vecinos de los distritos de David, Dolega y Gualaca, protestamos una vez más de los atropellos de todo género de que han sido víctimas los pueblos de la Provincia de Chiriquí, al hacer uso del derecho de sufragio en las elecciones últimas; atropellos que obligaron forzosamente á los partidos coaligados, para evitar desgracias y burlas que se veían venir, á abstenerse de votar el domingo primero de Julio, á pesar de la abrumadora mayoría con que contaban y á pesar también de haber quedado demostrada esa mayoría en las elecciones verificadas el 24 de Junio.

Basilio Gante, Salvador Gante, Juan Caballero, Rosa Quiróz, Maximino Caballero, Salvador Saldana, Apolonio Caballero, Rosa Caballero, Cristóbal Morales, Camilo Lisondro, Manuel Concepción, Carlos Espinosa, José María Guerra, Mateo Guerra S., Mercedes Arce, Leonardo, Martín Ayala, Juan Rivera, C.

Salvador Concepción, Agustín Castillo, Antonio Saldana, Albino Espinosa, Feliciano Acosta, Hipólito Espinosa, Manuel Acosta M., Carmen Espinosa, Manuel Espinosa, Cruz Espinosa, Manuel Araúz, Ignacio Saldana, Bernardo Gante, Calixto Saldana, Benito Caballero, Basilio Caballero, Gregorio Caballero, Fabriciano Caballero, Manuel Lisondro, José Antonio Saldana, Silvestre Concepción, Benedicto Guerra, Francisco Lezcano G., José Guerra, Julián González, Francisco González, Domingo González, Juan J. González, Valentín Guerra, Etanislao Guerra, Florentino Ríos, Jacinto Palacios, José Q. Avilés, José A. Gante, Luís Quintero, Juan Vega M., Claudio Vega M., Angel Guerra, Juan Beitia, Abel Gallardo, Silverio Barrio, Román Cedeño, Julian Castillo, Santiago Corrales, Gregorio Jiménez, Evaristo Jiménez, Lorenzo Acosta, Felix Santamaría, Agustín Pití, José Angel Pití, Aniceto Acosta, Felipe Acosta P., Pablo Contreras h., José Navarro D., Feliciano Valdez, D., Angel Ortega, Manuel de Jesús Valdez H., Rosa Castillo A., Ruperto Castrellón, Manuel Almenor, C., Pedro Valdez h., Francisco Rangel, Polo Navarro, Esteban Rodríguez, Lorenzo Atencio, Isidoro Atencio, Prisciliano Guerra, Eustaquio Guerra González, Faustino Candanedo, Víctor González, José B. Gutierrez, Anibal Candanedo, Teodoro Gutiérrez, Santiago Castillo, Florencio Castillo C., Juan de la C. Gutiérrez, Rosendo Castillo, Félix Castillo E., Juan de Dios Castillo E., Ambrosio Castillo E., Gregerio Araúz C., Damián Araúz, Evangelista Castillo, Sixto González, Anselmo Castillo E., Valerio Villareal, Elías Cáceres Gabino Castillo, Trinidad Hernández, Vicente Castillo, Matías Quintero, Mercedes Cedeño, Isidoro Castillo, Cayetano Bustavino, Nicolás Bustavino, Isidoro Bustavino, Nicolás García, Basilio Rodríguez, Severino González, Encarnación Espinosa, Luciano Almenor, Eulises Moreno, Domingo Batista, José Gorgonio Castillo, Clemente Castillo, José Castillo, Anibal Acosta, Juan José Ríos, Daniel Ríos, Catalino Morales, José Serrano, Bernardo González, Paulino González, Matías Saldana, Aurelio Rojas, Encarnación Saldana, Pedro Saldana, Tomás Ríos, Jacobo Núñez, Ventura Ríos, Juan Eloi Ríos, Modesto Morales, Clementino Castillo, Manuel Ríos Candelario Martínez, Guadalupe Martínez, Aquilino Morales, Higinio Espinosa, Trinidad Atencio, Francisco Morales, Ignacio Caballero, Genaro Caballero, José de la Paz Caballero, Cornelio Lezcano, Lázaro Lezcano, Eduvigis Lezcano R., Raimundo Ríos, Valeriano Ríos, Antonio Atencio, Santos González G., Eustaquio Atencio, Cecilio Atencio, Pablo Quintero, Nico-medes Quintero, Eustaquio Quintero, Santiago Batista, Santos Batista, Julio Bosque, Maximino Adorbo, Martín González Rafael Atencio, Eusebio Morales G., Hipólito Morales, Leocadio Morales, Rosa Jurado, Luciano Jurado, Salvador Santamaría, Marcelo Muñoz, José María Muñoz, Pedro Barroso Jurado, Isidro Barroso Jurado, Augusto Barroso, Leopoldo Barroso, Higinio Barroso, Matías Barroso, Francisco Barroso, Pedro Barroso Fuentes, Agapito Barroso, Dionisio Barroso, Irene Barroso, Victoriano Fuentes, Raimundo Fuentes, Santiago Fuentes, Dionicio Fuentes, José de los Ageles Fuentes, David Ríos, Maximino Río, Francisco Lezcano, Francisco Serrano Juan Bautista Morales, Miguel María Lezcano, Rufino Muñoz, Faustino Muñoz, Gabriel Hidrobo, Agustín Lezcano, Lucio Lezcano, Nicolás Lezcano, Juan Bautista Lezcano, Valentín Morales, Modesto Lezcano, Cipriano Lezcano, Leonardo Aguirre, Silverio Gómez, Enrique Muñoz, José Francisco Aguirre, Wenceslao Lezcano, Francisco Gaitán, Lorenzo Espinosa, Martín González, Florencio Muñoz, José Antonio Morales, Catalino Moralez, Isidro Jiménez, Eulogio Gómez, Bruno Caballero, Leocadio Caballero, Lorenzo Araúz, Crisanto Araúz, Fermín Barroso, Manuel Guerra, Tomás Espinosa, Paulino Jiménez, Basilio Jiménez, Eduvigis Sánchez, Esteban Cedeño, Felix Sánchez, Dionicio Jiménez, Pedro González M., Ambrosio González, Salvador González, Aurelio Gutiérrez, Ulises Guerra, Domingo Guerra, Angel Guerra, Tiburcio González, Clemente Atencio, Teodoro Ríos, Damian Ríos G.

(Hoja suelta)

TIPOGRAFIA MODERNA

Antigua Chevalier, Andreve & Cía.

AVENIDA CENTRAL. NUMERO 37

LA MEJOR DE LA REPUBLICA
Cuenta con materiales modernos y obreros inteligentes y activos. Especialidad en la impresión de

- LIBROS Y FOLLETOS -

TODO TRABAJO GARANTIZADO
Libros de recibos de alquiler á UN PESO el ejemplar.

"LA MASCOTA"

CARLOS W. MULLER-Plaza de la Catedral

Constante y renovado surtido de los afamados vestidos

Kirschbaum

Unica agencia del universalmente conocido calzado

Douglas

La juventud elegante de Panamá
no puede prescindir del uso de
los artículos para hombres que

"La Mascota"

realiza siempre de clase inmejorable á precios módicos y en inmensa variación de estilos.

Serán inmediata y cuidadosamente despachados bajo encomienda postal, los pedidos que se reciban del

Interior de la República

cuyo peso y volumen no exceda del admisible en la oficina de Correos.

FRANK ULLRICH & CO.

Licores, provisiones y cigarros.

VENTA POR MAYOR Y MENOR

PRECIOS MODICOS.

EL HERALDO del ISTMO

REVISTA ILUSTRADA

Director: Guillermo Andreve.

La única publicación literaria del país.

Suscripción por trimestre:

DOS PESOS PLATA.

PAGO ADELANTADO

Avenida Central No. 37-Apartado 54.

A la Ville de Paris

Nos parece Pálido el calificativo de Superior á las novedades que acabamos de recibir, pues mejores no las hay é igualarlas es difícil

florcs Artificiales

CINTAS-Cuellos de fantasía para señoras y Cinturones de Cabritilla

CORSES DE WARNER

Medias de Hilo Caladas y Lisas. Trajes medio confeccionados
(Algo enteramente nuevo en esta plaza)

Vestidos forma marinera para niños y niñas. Trajes de Baño para Señoras, Caballeros y Niños. Una interesante colección de Encajes de Manila á precios incompatibles. Un completo surtido de Blusas Blancas y de Colores.

H. de SOLA & Co.

Panamá, Agosto 4 de 1906.

Almanaque Istmeño

PARA 1906

De venta en la

Tipografía

MODERNA

La Empresa
de Fontanería
Higiénica de
Bravo y Brin



The BRAVO-BRIN PLUMBING Co.

Avisa á su numerosa clientela y al público en general que ha trasladado su oficina á la

CALE 5^a

entre las Avenidas CENTRAL y A., casa número 26, conocida generalmente con el nombre de "casa de la familia Cooke."

Y como de costumbre se encarga de toda clase de instalaciones de fontanería en la

CAPITAL Y EN LA LINEA DEL FERROCARRIL,

garantizando buen trabajo, rapidez y precios sin competencia.

DENTRO DE LA BUENA CALIDAD.

The Panama Plumbing Co.

Hace toda clase de instalaciones de fontanería moderna, de acuerdo con las Ordenanzas que estipula el Departamento de la

Comisión Istmica, á precios

completamente Módicos.

Para pormenores ocúrrase á la
Avenida Central No. 31,
35 y 33. Oficina General

HEURTEMATTE & Co.

Bazar Francés

Casa más antigua
en el Istmo

Unicos Agentes en el Istmo

Jules Robin. Cognac-Société Française d'Alliage de Metaux, Cubiertos y Cuchillos. Cristalería de Baccarat.

Aseguros marítimos franceses

Constante surtido de mercancías secas de todas clases y artículos de fantasía.

PRECIOS FIJOS

TODO ARTICULO GARANTIZADO

Tipografía Moderna—Panamá